

tor de la cristiandad era imposible que el emperador no tuviera á su lado al soberano pontífice, á los príncipes italianos, amenazados por los corsarios otomanos, á los católicos alemanes y aun á los mismos reformados que tanto como á los católicos odiaban á los infieles. «Es evidente, escribía un obispo, que las ciudades del imperio no se unirán al rey de Francia; es más, cabe esperar que conseguiremos que proporcionen á Vuestra Majestad subsidios para ir contra él (en el caso de que intente una diversión).»

Francisco I no podía pensar en atacar al emperador; pues de hacerlo así había de atraerse la animadversión de toda Europa: hartó era ya que pudieran echarle en cara su negativa á facilitar sus galeras para la expedición que se preparaba y el envío de embajadores al sultán á quien su rival combatía. Por esto cuando en 10 de mayo de 1535 le hizo saber Carlos su intención de ir á poner sitio á Túnez y le requirió «para que tuviera en consideración la paz común,» Montmorency prometió que el rey se abstendría de todo ataque durante la expedición.

En junio de 1535, Carlos V se apoderó de Túnez, que se convirtió en feudo español bajo el gobierno de Muley Hacén, y libertó á unos 20.000 cautivos. Tuvo «un día de triunfo y de alegría no turbada» y apareció verdaderamente como el defensor (y el amo) de la cristiandad (1). A un mismo tiempo, disolviase la alianza del rey de Francia con el papa, rompíase las negociaciones con los luteranos alemanes, y el rey de Francia, á su vez, encontrábase aislado.

VI.—Ruptura con Carlos V

Muy pronto iba á reanudarse la guerra; todo el mundo lo presentía y, á decir verdad, no había dejado de pensarse en ello desde el momento en que fueron puestos en libertad los Hijos de Francia.

«Todas las acciones, negociaciones y prácticas de esos dos grandes príncipes en todo el curso de los años precedentes (en los cuales, aunque no estuvieron en guerra, tampoco podía decirse que estuvieran en paz) daban apariencia bastante grande de lo que al fin sucedería, y aun cuando continuasen siempre las palabras de la confirmación de esta paz y la multiplicación de estrechas alianzas entre ellos, todo tendía aparentemente ya, sin embargo, á declaración de guerra (2).»

En realidad Montmorency era el único que defendía la causa de la paz.

«De todos los que manejaban estas prácticas sólo quedó al lado del rey el Gran Maestre, quien continuaba deseando vivamente que el rey y el emperador vivieran en paz; cosa que él no podía hacer fácilmente porque el emperador, por su parte, era mal tratable y, por la nuestra, cuando quería acometer las cosas buenas con este objeto, sus émulos le calumniaban (Montmorency) tachándole de imperial. Y había quienes sólo por contrariarle hablaban al rey de la guerra, viniera ó no á cuento.»

Tiempo hacía ya que Montmorency se veía combatido en la corte de Francia. En abril y mayo de 1530,

(1) *Mémoires de du Bellay*.

(2) *Mémoires de du Bellay*.

cuando se proseguían con extremada lentitud las negociaciones de Bayona (3), Chabot (4) había intentado suplantarle; en 1533 se hablaba de una intriga tramada contra él por los cardenales de Tournón y de Gramont, y Granvela aconsejaba al embajador imperial que diera confidencialmente cuenta de ello á Leonor; pero ésta precisamente se hacía sospechosa por su afecto al Gran Maestre. Además, Montmorency tuvo en contra suya á la misma Margarita y á los du Bellay, es decir, á los partidarios de la tolerancia religiosa y de la guerra contra Carlos.

A mediados de 1535, la dirección de los asuntos concernientes á Alemania y á Italia había pasado á Chabot, con vivo pesar del emperador y de sus consejeros, y poco después, hacia fines del mismo año, el almirante era nombrado ministro director y Montmorency abandonaba la corte, sin por esto perder el afecto de Francisco I. Su falta no consistía en haber prometido la neutralidad de Francia durante la expedición á Túnez porque las circunstancias la imponían; consistía más bien en las contradicciones de su política á partir de 1531, en sus rigores contra los reformados de Francia que hacían inútiles todos los esfuerzos de la diplomacia cerca de los luteranos de Alemania; en la reconciliación con Clemente VII, que, sin compensación alguna, comprometió la alianza inglesa; y finalmente, en su ofuscación que le hacía creer posible una inteligencia con el emperador, al mismo tiempo que seguía uniéndose con sus adversarios y tenía fija en su mente la idea de reconquistar la Italia.

Bien es verdad que en cuanto á la cuestión italiana la mayor responsabilidad corresponde al mismo Francisco I, quien seguía en la obsesión de sus añoranzas y de sus esperanzas y la comunicaba á Carlos V al propio tiempo que no cesaba de intrigar en el Milanesado.

Ahora bien, en el mes de julio de 1535 Francisco Sforza había mandado prender y condenar á un tal Maraviglia, que hacía veinticinco años que estaba al servicio de Francia como agente secreto. Francisco I había exigido una reparación: «Os haré ver, escribía á Sforza, que muy indiscretamente y sin haberos dado motivo para ello me habéis inferido una injuria demasiado grande.» Este asunto se había prolongado durante los años 1533 y 1534 y se conservaba indudablemente en reserva como un pretexto de guerra para cuando se ofreciera una coyuntura favorable.

Además, Francisco se había atraído nuevamente algunos amigos en Italia: el marqués de Saluces, cuyas reivindicaciones sobre el Montferrato había apoyado, y el marqués de Mónaco se habían puesto bajo su protectorado; tenía una guarnición en la Mirándola; en todas partes contratava capitanes, como Orsini, César Fregose y Guido Rangone; trababa inteligencias con los proscriptos genoveses; aliábase con Venecia, siempre desconfiada del emperador, y procuraba entenderse con Paulo III, cerca del cual envió al cardenal Juan du Bellay, si bien por este lado sólo pudo lograr un compromiso de neutralidad.

Cuando Carlos V le había enviado, en calidad de

(3) Véase anteriormente, pág. 296.

(4) Respecto de Chabot, véase pág. 167 y más adelante, capítulo V, párrafo II.

embajador extraordinario, al conde de Nassau para intentar un acuerdo (1534), había persistido en pedir Génova, Asti y Milán, aunque respecto de esta última ciudad consentía en esperar la muerte de Sforza que, en aquel momento, nadie creía tan próxima. «Y á pesar de todo lo que el dicho conde de Nassau y el embajador del emperador han manifestado sobre este particular y

más que reproducir las ordenanzas de sus predecesores (2), casi todas referentes á la disciplina de las tropas, á la comprobación del efectivo real y al pago regular de la soldada para evitar todo pretexto de desorden. Lo mismo antes que después de 1830, aun en los momentos de las mayores dificultades políticas, el pago de los hombres de armas se realizó con toda regularidad,



Tienda de campaña de Carlos V. (Museo de Artillería de Madrid.)

le han observado de parte de su dicha Majestad para hacerles entender (á los franceses) que aquello en que insistían y perseveraban no era cosa factible según Dios y según la honestidad, la conciencia y la equidad, el rey de Francia se ha mantenido resuelto definitivamente á lo antes consignado.»

La muerte de Sforza, acaecida en octubre de 1535, dió ocasión á que se reanudara la lucha.

VII.—Las legiones nacionales (1)

Francisco I, en previsión de una guerra próxima, había ocupado constantemente de la organización del ejército. En cuanto á la gendarmería no había hecho

(1) *Catalogue des actes de François I* (véase anteriormente, página 265). Fontanon, *Les Édits et ordonnances des rois de France*, tomo III, 1611; Isambert, *Recueil des anciennes lois françaises*, tomo XII. El P. Daniel, *Histoire de la milice française*, 2 volúmenes, 1721. Las más recientes historias del ejército francés han dicho poco nuevo sobre este asunto.

según puede verse en los documentos oficiales (3). Pero cada día se utilizaban más los servicios de los soldados de infantería (4), ora franceses, ora extranje-

(2) En 1515, 1522, 1525, 1530, 1534 y 1535.

(3) El hombre de armas costaba de 30 á 32 libras mensuales; la paga muerta (hombre de armas destacado en servicio de guarnición), 5 libras. En tiempo de paz los gastos para el ejército se elevaron á 690.000 libras en 1533 y á 790.000 en 1534.

(4) Según el *Bourgeois de Paris*, el ejército enviado á Italia en 1523 constaba de 1.370 lanzas francesas, 390 lanzas italianas y 200 soldados de caballería ligera, también italianos, 10.700 hombres de á pie franceses y (aproximadamente) 30.000 infantes suizos, alemanes ó italianos, sin contar los aventureros (véase págs. 80 y 111).

Para guardar las provincias fronterizas quedaban 2.000 lanzas francesas, 400 soldados de caballería ligera y 1.800 hombres de á pie. Como se ve, el número de infantes con relación á la caballería es considerable.

En 1522 todavía se recurrió nuevamente á los franco-arqueros: «A principios de febrero fueron establecidos los franco-arqueros, de los que se reclutaron hasta veinticuatro mil para ayudar á las guerras así de Picardía, Italia y Güiena como de otras partes.» En una ordenanza de la regente, de 1525, vuelven á aparecer.

ros, suizos, alemanes é italianos; y como el acceso á las compañías de gentes de armas era cada vez más difícil, muchos hidalgos se resignaban á formar parte del contingente de infantes, en el que tenían la ventaja de ganar rápidamente los grados inferiores. «Siempre había tenido ganas de ingresar en la infantería,» escribe Montluc; y en efecto, después de haber sido arquero en una compañía de ordenanza, llevó durante algún tiempo la bandera de infante.

Por otra parte, el papel de la infantería hacíase de día en día más importante en todas partes. Brantome afirma, tomándolo de un cronista español, que Carlos V decía: «La suerte de mis guerras se ha decidido por las mechas de mis arcabuceros españoles;» y Guicciardini había escrito que el infante español, y muy particularmente el castellano, no tenía rival y gozaba de gran reputación para el ataque ó la defensa de las plazas.

En cambio había menguado la fama de la infantería suiza, que estaba casi exclusivamente á sueldo de Francia. Los suizos conservaban su vigor físico, pero se habían inmobilizado en las antiguas tradiciones y continuaban combatiendo cuerpo á cuerpo sin hacer apenas uso de las armas de fuego. Vencidos, aunque gloriosamente, en Marignán y hasta en la Bicoque, decíase que en Pavía habían vuelto la espalda bastante de prisa. Francisco I se cansaba de sus exigencias y, según decía el embajador veneciano, no se fiaba de ellos ni les tenía estimación alguna, por creerles poco fieles y poco obedientes en las filas; además temía incorporarlos á su ejército en número excesivo, porque la mayoría de ellos habían adoptado las ideas de la Reforma (1).

De suerte que cuando reprodujo y amplió en la ordenanza de 1534 relativa al reclutamiento de los infantes la ordenanza dictada por Luis XII en 1509 (2), no hizo más que conformarse con la marcha de los sucesos.

Du Bellay dice que en 1534 el rey consideraba inminente la guerra y añade: «A fin de tener en el acto hombres á su primera orden de mando, dispuso, en unión de los de su consejo, crear, á ejemplo de los romanos, en cada provincia de su reino una legión de 6.000 hombres de á pie.» Montluc dice asimismo: «Al primer movimiento de guerra, el rey organizó los legionarios, lo que fué una excelente invención, si hubiese sido bien cumplida.»

La ordenanza de 24 de julio de 1534 dispuso que se reclutaran en Normandía, Bretaña, Borgoña, Champaña, Picardía, Delfinado, Provenza, Langüedoc y Guiena, siete legiones de infantes, de 6.000 hombres cada una. La legión constaba de seis compañías de 1.000 hombres mandadas cada una por un capitán que tenía á sus órdenes 2 tenientes, 2 abanderados, 10 centuriones y 6 sargentos de batalla. Al frente de los seis capitanes había un coronel de legión.

Los soldados y los jefes (salvo seguramente el coronel) habían de ser escogidos entre los habitantes de la provincia en que la legión se reclutaba, y tanta importancia concedían (en teoría, por lo menos) á esta idea el rey y su consejo, que se había resuelto que todo el

(1) La presencia de numerosos soldados suizos en Francia contribuyó, según parece, antes de 1535 por lo menos, á los progresos del protestantismo. Véase Hyrvoix, artículo citado en la pág. 300.

(2) Véase págs. 110 y 111.

que pasara de una legión á otra sería «ahorcado y estrangulado por la garganta.» Los legionarios y los capitanes juraban servir bien al rey contra todos, sin excepción alguna, en todos los lugares y sitios en que placera á dicho señor,» y eran al mismo tiempo que una fuerza de guerra, una fuerza de policía, puesto que habían de prestar ayuda para la detención de los malhechores.

A fin de atraer á los legionarios, se les ofrecían privilegios; á los hidalgos (3) exención de todos los servicios debidos por razón de su feudo; y á los pecheros, tallas hasta el completo de 20 sueldos y luego una soldada, que era de 50 libras mensuales para los capitanes en tiempo de paz y 100 en tiempo de guerra, 25 y 50 respectivamente para los tenientes, y 7 libras 10 sueldos en tiempo de guerra para los simples legionarios. Además se inventó un sistema de estímulo y de emulación: «El dicho señor quiere y ordena que si hay algún camarada de guerra que dé pruebas de virtud personal, sea en batalla, asalto de plaza fuerte, toma de ciudad..., en este caso el coronel ó capitán á cuyas órdenes sirva le haga presente de una sortija de oro (lo cual es también un recuerdo evidente de los romanos) que llevará en su dedo en recuerdo de su proeza.» Por otra parte, eran asequibles á los simples soldados los grados de la legión hasta el de capitán, que traía consigo el ennoblecimiento para los pecheros. En la guerra de 1536, Chabot, «á fin de animar á los demás, hizo dar en presencia de todos una sortija de oro» á un legionario que se había distinguido.

Para asegurar el efectivo y mantener el orden adoptáronse las mayores precauciones: la revista de cada legión debía efectuarse dos veces al año, siendo castigadas con las penas más severas las revistas simuladas y la desertión; los legionarios habían de respetar á las mujeres y á los niños y les estaban prohibidos la blasfemia, los juegos de cartas y de dados, las disputas, los combates singulares y el trato con mujeres públicas en el campamento. Los castigos, terribles en todos los casos en aquella época, formaban una escala desde el desorejamiento y la perforación de la lengua hasta la horca y la estrangulación.

Tácticamente se dividían los legionarios en arcabuceros y alabarderos ó piqueros; aquéllos debían ser en número de 12.000, de los 42.000, lo que prueba el desarrollo del empleo de las armas de fuego. La armadura defensiva se componía del *hallectret* (4) y de la *hoguine* ó *cerveliere* (5), á la que los arcabuceros añadían el *gorgerin* (6).

En septiembre de 1534 estaban ya nombrados los capitanes y comenzaba el reclutamiento; en febrero de 1535 se compraron 5.593 uniformes, «del color y de la forma que el rey ha indicado verbalmente,» para la legión de Normandía, que costaron 27.965 libras, y otros tantos para la legión de Champaña. En los documentos de 1535 se hace con frecuencia mención del sueldo de los infantes. Du Bellay dice que en mayo se avisó al

(3) Muchos artículos de la ordenanza prevén y dictan reglas sobre el ingreso de los nobles en las legiones, aun como simples soldados.

(4) Coraza de escamas de metal articuladas unas sobre otras.

(5) Especie de casco que sólo cubría la cabeza.

(6) Planchas de metal que cubrían el cuello.

rey que las legiones estaban dispuestas y Francisco I fué á visitar la de Normandía, «de la que quedó muy satisfecho (1).»

Según parece, en vez de siete legiones sólo se reclutaron seis. En diciembre de 1535 se declaró abolida la vieja institución de los franco-arqueros, que, en efecto, resultaba ya inútil.

La nobleza seguía siendo el gran vivero del ejército, hacia el cual sentíase atraída por su educación, por las necesidades de la vida y por su sentimiento del honor. «No hay en el mundo ningún príncipe, escribía Montluc, que tenga la nobleza tan bien dispuesta como el nuestro: una ligera sonrisa de su señor enardece á los más fríos, y sin temor de trocar viñas, prados y molinos por caballos y armas, van á morir en el lecho que nosotros llamamos lecho de honor.» Por otra parte, el servicio de guerra era el deber esencial del vasallo, y Francisco I, al llamar á los nobles para que figuraran en las legiones y en las compañías de ordenanza, no renunció á su derecho de convocar el *ban* y el *arrière-ban* (los feudos y los retrofeudos) «que consideramos, dice, como una de nuestras principales fuerzas porque se compone de toda la nobleza, en la que estriba la grandeza, la conservación y la seguridad de nuestro reino.» Estas convocatorias se hicieron en 1522, 1529, 1534, 1536, 1538, 1542, 1544 y 1545.

El *ban* era una milicia de reserva que tenía sus cuadros en tiempo de paz constituídos por un capitán general y varios capitanes particulares; reuníase por bailíos y senescalías y se componía de los nobles poseedores de feudos porque los pecheros, á pesar de ser incorporados á él cuando poseían tierras nobles, no podían servir personalmente y habían de facilitar un sustituto. Los gentileshombres habían de conservar siempre «caballos y armas en sus casas, tal como á ello están obligados para el servicio de sus dichos feudos bajo pena de perder el nombre y el título de nobleza (2).» La duración del servicio, en caso de llamamiento, era de tres meses en el interior del reino y de seis semanas en el exterior, sin contar el tiempo de ida y vuelta.

La institución nueva, aunque reservó á los nobles gran lugar en el ejército en parte transformado y fué semi abandonada y luego restablecida, pero sin responder á un pensamiento fijo, tuvo, más ó menos lentamente, algunas consecuencias sociales. En aquel momento es cuando nace el soldado moderno, del cual habla sin cesar Montluc en sus Memorias: «Otros he visto prosperar que han llevado la pica con seis francos de paga, y han realizado actos tan belicosos y han sido juzgados tan capaces que muchos ha habido que siendo hijos de pobres labradores se han puesto delante de muchos nobles por su osadía y su virtud.» Estas ideas

(1) Los documentos oficiales mencionan también revistas para otras regiones, las de Champaña, Picardía, etc.

(2) Es muy significativo el hecho de que en 1536 se autorizara al noble, obligado á servir personalmente ó á facilitar un hombre de armas, para reemplazarlo por un hombre de á pie y dos arcabuceros. Dijose que se hacía esto para aliviar de una carga á la nobleza, pero también es una prueba más de la importancia alcanzada por la infantería. Y aun hubo más: en 1545 se autorizó á los nobles para que pudieran hacer «por sí mismos, por esta vez, el servicio á pie.» (Fontañón, III, 62-63.)

concuerdan perfectamente con la ordenanza que daba á los pecheros acceso á los grados y al ennoblecimiento.

Brantome hará más adelante esta hermosa descripción del soldado de infantería:

«A decir verdad, pienso que no puede verse nada tan bravo y tan magnífico como un gentil soldado, bien puesto, bien armado, bien ágil, ora vaya al frente de una compañía, ora se lance delante de todos en una escaramuza, ó en un combate ó en un asalto, disparando su arcabuz, descubierto, desarmado, con tanta resolución como los mejor armados... Y lo que yo tanto admiro en estos infantes es que veréis salir de las aldeas, de las tiendas, de las escuelas, de las postas, de las fraguas, de las caballerizas á mozos jóvenes... y apenas han permanecido algún tiempo en esta infantería, los veis en seguida hechos, aguerridos y de tal manera formados que de nada que eran llegan á ser capitanes é iguales á los gentileshombres, teniendo tanto cuidado de su honor como los más nobles y realizando actos tan virtuosos y nobles como los más grandes gentileshombres.»

A pesar de esta especie de gran reclutamiento nacional, fué menester recurrir á los elementos extranjeros y aun parece que á partir de 1536 hubo como una reproducción de la *condotta*. Francisco I pidió lansquenets á Alemania y Guillermo de Furstenberg y Cristóbal de Wurtemberg le llevaron ellos solos más de 10.000. Cristóbal tenía una verdadera casa militar compuesta de veinte alabarderos con un capitán, un mayordomo, un médico, dos secretarios, un escudero de caballeriza y un cocinero. El rey alistó también muchos suizos y aun más italianos; así en las narraciones de du Bellay encontramos á cada paso mencionados los Strozzi, los Rangone, los Fregose, los de Ceri y los Gonzaga. Rangone por sí solo mandaba una fuerza de 7.000 infantes.

Merced á todos estos recursos, tuvo Francisco I á su disposición, durante las campañas de 1536-1537, más de 100.000 hombres.

VIII.—La campaña de Provenza

El rey, que desde hacía algunos años estaba en relaciones muy tirantes con el duque de Saboya, decidióse repentinamente en 1536 á atacar la Saboya y el Piamonte. Esta determinación no era la guerra 1536 contra el emperador, puesto que aquellos territorios no pertenecían á éste, pero era sí el prelude de la misma, pues Carlos no había de consentir seguramente que se oprimiera al duque de Saboya con quien estaba en relaciones de alianza y que pedía amparo al imperio. Para esta guerra contaba el monarca francés con la neutralidad del papa Paulo III y con el concurso ó por lo menos con la abstención de los berneses, muy irritados por un ataque que el año anterior había dirigido el duque de Saboya contra Ginebra. Por otra parte seguía negociando con los confederados de la liga de Smalkalde, quienes se mostraban poco dispuestos á apoyarle á pesar de los esfuerzos de Guillermo du Bellay, el cual hacía afirmar por los mercaderes que de Lyon acudían á las ferias de Estrasburgo, que en Francia ya no se perseguía á los luteranos, y enviaba manifiestos á todos los puntos del imperio. Alemania tornábase casi «lealista» y du Bellay, dando quizás con ello una lección indirecta